

LA MUSICA EN EL HOGAR

Una sesión íntima con Niedzielski

Por G L O R I A C L A R Á

El gran pianista polaco Niedzielski se halla entre nosotros; pero esta vez no en calidad de concertista, sino de audicionista, y lo vemos atento a las notas que fluyen maravillosamente de los dedos de nuestra pianista María A. Canals. Una audición muy íntima y un breve programa, que aún nos parece más breve por la calidad de las obras que se interpretan, reclama toda la atención que están prestando los allí reunidos. Entre nosotros está el autor de las mismas, nuestro joven compositor Javier Montsalvatge, y a través de los inspirados temas con que ha creado sus obras podemos apreciar el privilegiado don que posee para la composición, por la riqueza y armonía perfectas de que están saturadas las mismas. Buen intérprete de ellas es María A. Canals, que, compenetrada a la perfección con las páginas escritas de Montsalvatge, sabe dar toda la belleza melódica que contienen las mismas. Son primeramente las notas sutiles de los *Tres divertimentos*, fragmentos escogidos del *ballet* de Pedro Pruna *La muerta enamorada*, los cuales están escritos sobre temas de autores olvidados, incorporados por su fuerte sabor local al folklore de la costa mediterránea española. Inspirado en las evocadoras habaneras populares entre la gente del mar, el *Divertimento II* nos habla delicadamente de sus incomparables brisas y aromas, y el *III* es una estilización del vals-jota que invariabilmente figura como pieza de lucimiento en los bailes de los pueblos de Cataluña.

Interesados por el profundo sentir que contienen las obras de nuestro compositor, y sintiendo a la vez finalice esta grata velada, que por ser íntima parece también la música más "nuestra", María Canals nos interpreta otra de sus composiciones, titulada *Ritmos*, la cual figuraba en el recital que dicha pianista dió el pasado mes de noviembre con gran éxito en el Palacio de la Música.

Puede un observador captar al momento la impresión que nos causa la música que oímos, en la emoción que se trasluce en los rostros de los allí reunidos. Niedzielski quiere llevarse un recuerdo de esta sesión musical, y hace manifiesto su deseo de incorporar en sus extenso repertorio de obras el *Divertimento II*, para inter-

pretarlo en los numerosos conciertos que da por el extranjero. No en vano obtuvo nuestro joven compositor, estudiante todavía en la Escuela Municipal de Música, el Premio Pedrell por una *Pequeña "suite" burlesca* para violín e instrumentos de madera. Aunque sus estudios musicales fueron muy completos, a Javier Montsalvatge puede considerársele un autodidacto, pues en sus primeras composiciones contradujo las enseñanzas académicas recibidas. Nacido en Gerona en 1911, y dedicándose por completo al estudio de la Música, en sus primeras obras mostró ya una singular inquietud, que le ha llevado a situarse entre los entusiastas de la escuela polifónica.

Atentamente seguimos y "sentimos" esta música, que logra con su fuerza poética interesarnos desde un principio; el silencio que sigue después de cada breve pausa es prueba elocuente de ello, y son las horas que dedicamos a la Música dentro de esta suave intimidad las que más fuertemente quedan e impresionan nuestro sentir. Todo influye gratamente en estas veladas: el ambiente que nos rodea entre estos músicos, artistas que saben hacernos gozar de las mejores horas de nuestra vida, haciendo resaltar lo más bello de ella, constituye la fuerza hechizadora que embellece nuestros recuerdos.

Si, como dijo Goethe, "cada momento es único", resumiendo en esta breve frase todo lo bueno que ha constituido éste, podemos decir que en Música tenemos infinidad de estos "momentos", que son los "únicos" en que se complace un temperamento verdaderamente espiritual.

"Suplemento Musical RITMO"

Se está procediendo a la selección de las seis primeras obras, todas ellas de gran valor artístico, y tenemos la seguridad de que serán muy celebradas y del agrado de los suscriptores al "Suplemento de Ediciones Musicales RITMO".

(Nota de la Redacción.)

Información musical

Madrid

Día 6 de diciembre.—Las Sinfonías de Beethoven son para la Orquesta Sinfónica venero inagotable de donde emanan las favorecidas fuentes de su repertorio.

No hay año en que sus nombres no presidan o finalicen escogidos programas, de acuerdo con un afamado historial, que la reputación ha consolidado como lo que debe ajustarse a la interpretación modelo; por el contrario, la que escuchamos en el matinal del Monumental, de la Número 5, no creemos que satisfaga ni poco ni mucho a la veterana agrupación ni al propio Jordá, ya que el público exige cada vez más en estos monumentos del arte músico que, dejando aparte otras razones, por su misma popularidad merecen trato aparte.

En *Ma mère l'oye* se llevó demasiado despacio todos sus tiempos, los cuales, como ya se sabe, excepto el tercero, son de por sí llenos de dulce calma; pero que, aunque en su primitiva realización al piano a cuatro manos invitan a concentrarse en arrobamientos de íntima complacencia, en la orquesta sería conveniente infundirles una vitalidad mayor, en consonancia con el temperamento ágil del Ravel del Scarbo.

Pepita Jiménez y Rienzi completaron dicho programa dominical, comenzado con la *Zarabanda, Giga y Badinerie*, de Corelli.

Día 10.—El Orfeón Pamplonés y el Maestro Arámbarri, con el apoyo de la Comisaría Nacional, dedicaron a la afición madrileña tres conciertos, fruto de sus constantes desvelos para conseguir, arrollando toda clase de dificultades, arte auténtico y afianzar con sus inestimables aportaciones el nivel cultural de nuestra nación, la cual por su historia, desenvolvimiento y evoluciones, reclama para un futuro próximo entorchados de primera categoría.

Los propósitos, doloroso es decirlo, han tropezado con un ambiente no muy saneado, más propicio al ropaje chillón de la música de programa que al impregnado de austera santidad talar, debiendo merecer, en justicia, mayor asistencia de público, que sólo en el último de estos acontecimientos respondió, llenando adecuadamente la sala del cine Monumental.

Secundados Orfeón y maestro por la Orquesta Nacional, ejecutaron el *Requiem* de Mozart y el *Mesías* de Haendel en su actuación inicial.

Ambas obras fueron interpretadas por el Pamplonés y Arámbarri con devoción extrema; no así por la Orquesta, que en un divorcio constante con el fervoroso sentimiento general, parecía estar sometida a una engorrosa lectura a primera vista.

La resignada melancolía de Mozart aboga aquí por los recintos abovedados de la iglesia con preferencia al estrado multiforme de la sala de conciertos; en cambio, en las potentes cadencias de Haendel nos parece que la

unción religiosa cede ante el lenguaje abierto de las alabanzas, para manifestarse únicamente donde las multitudes busquen, con la vista puesta en el espacio, el supremo acercamiento hacia el Creador.

Día 11.—En su segundo concierto, el Orfeón Pamplonés, la Orquesta Nacional y el Maestro Arámbarri ofrecieron íntegramente la famosa *Misa en si menor* de Bach. Aunque todo comentario resulta ocioso ante esta piedra angular de la música sacra, permítasenos dar rienda a nuestro entusiasmo al afirmar que nada más grandioso puede compararse a tan sublime página, en la que la maestría y el espíritu religioso forman enlace jamás igualado.

Descartando a la Orquesta Nacional (desconcertada ante el apercibimiento de apoyaturas convertidas en mordentes, o viceversa), y que fué un factor muerto, insensible al desempeño de su relevante misión, el Orfeón, los solistas y el maestro dieron cumplida muestra de sus envidiables disposiciones naturales y amor al estudio, que la concurrencia supo apreciar, con ovaciones prolongadas, que fueron como preludio a las interminables que se prodigaron al director de la masa coral, D. Remigio Múgica, figura venerable, ejemplo de celo y competencia, a quien sus bodas de oro en su profesión y la imposición de la encomienda de Alfonso el Sabio, hecha por el Excelentísimo Sr. Ministro de Educación Nacional, premian sus muchos méritos, no por desprovistos de vocingleras propagandas menos estimados.

Día 12.—El último concierto del Pamplonés y de la Nacional estuvo dividido en dos partes. Dió principio con la *Fanfare*, para orquesta, de Joaquín Rodrigo, música escénica de gran poder evocador, que cumple gallardamente al imperativo marcial de su título. A continuación se estrenó el poema para solo, coros y orquesta, *Castilla*, de Arámbarri, inspirado en la recitadísima poesía que, bajo la advocación de igual nombre, nos legó Machado. El señor Arámbarri pertenece a la promoción de esos compositores todavía apegados a la joven escuela francesa, más atentos a los efectos de relumbrón que al contenido expresivo de lo que crean. La poesía de Machado, a pesar de su brevedad, dice mucho; el poema de Arámbarri, pese a sus dilatadas dimensiones, manifiesta bien poco. Una célula rítmica de acertado trazo no es suficiente para pergeñar tanta sucesión de incidentes como a los versos mencionados dan lugar; por otra parte, el polvo, el sudor y la fatiga no se sugieren con desafortunadas voces en la región aguda, ni el camino del destierro en reducida escolta con triunfantes sonos de trompetería, ni mucho menos el alejamiento del Cid y los suyos está bien traducido en un pimpante acorde final, en el que el fortísimo pone al rojo vivo entusiasmos de boquillas, cuerdas y gargantas. La súplica de la niña al Cid es líricamente de una floñez rayana en la sosería, con un poco de ternura en dicha idea central, en con-